

Viaje del tiempo

DOCENCIA E INTERNET

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

En un reportaje publicado el pasado 21 de octubre en el periódico El Espectador, el director del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), Darío Montoya, señala algunos puntos razonables y de interés con respecto al trabajo docente, pero también afirma que es necesario desbaratar el salón de clases y que lo fundamental es el aprendizaje en red, es decir, con ayuda de internet tal como se practica en dicha entidad.

Sea lo primero decir que este comentario obedece a la tradición de inventarse dicotomías donde no existen, pues trataremos de mostrar que el salón de clases e internet se complementan de una manera extraordinariamente útil. Es verdad que el profesor tradicional consume casi la totalidad del tiempo de clase proporcionando información básica, la cual por lo general está mejor en libros o en sitios escogidos de la red, de modo que no hay tiempo suficiente para la crítica y la discusión de los temas presentados, todo lo cual lleva a una presencia exagerada del docente y a una lamentable pasividad del estudiante. Ese tipo de salón sí debe desaparecer.

La tecnología actual permite al profesor señalar a los estudiantes con anticipación a la respectiva clase la información básica que podrán encontrar, además de la proporcionada por libros, en sitios de internet generales o establecidos por el propio profesor con sus presentaciones, documentos, notas de clases y ejercicios. La clase se convierte entonces en un escenario para que el profesor discorra sobre aspectos centrales y difíciles, efectúe las grandes síntesis del temario, responda inquietudes, calibre el progreso del grupo y facilite la discusión y los aportes de los estudiantes. Lo anterior no es una propuesta sino una actividad ya corriente en muchas universidades del mundo y de Colombia.

Una digresión. Conviene también referirse a otra impropia dicotomía que hace carrera. Se dice que nuestro sistema educativo informa pero no forma. Aceptando que esto último es lo más importante, resulta que no hay formación sin in-formación. ¿Cómo se pueden formar gentes que no tienen la menor idea de lo que pasa en el mundo, que no tienen información histórica o geográfica, que desconocen los principales aspectos sociales, políticos y económicos de su propio país? ¿Es posible así formar buenos ciudadanos?

Volviendo a lo anterior, el salón de clases también puede concebirse como un taller para un aprendizaje a partir del estudio y análisis, orientado por el docente, de proyectos o casos de interés para la crítica y el trabajo interdisciplinario. O, mejor aún, destinarse al trabajo de seminario con la exigencia de que todos los estudiantes lean, consulten, reflexionen y hagan presentaciones que lleven a una apropiación colectiva de conocimiento.

Por su parte, internet facilita la creación de lo que podríamos llamar comunidades de aprendizaje, en las cuales sus miembros no se limitan a seguir los cursos sino que se convierten en agentes activos que comparten conocimientos y se hacen partícipes de la

dinámica del proceso. La llamada Web 2.0 hace viable esta propuesta pues su interés no es tanto el acceso a la información como la comunicación de las personas entre sí.

Pretender que el proceso enseñanza aprendizaje puede reducirse al mundo digital de la red es privar al estudiante de un ambiente propio para la comunicación del conocimiento tácito, para el diálogo cara a cara en la relación interpersonal, para el encuentro en un corredor o en una cafetería. Todos recordamos al menos un ilustrado profesor que con sus actitudes y elocuencia nos comunicó pasión por el conocimiento y se convirtió en un modelo o ejemplo que tal vez decidió nuestra vocación futura. El campus universitario está cambiando pero la virtualidad no puede sustituir el ambiente de un campus que propicie la aparición de una comunidad real de maestros y discípulos con voluntad de saber.

En otro punto tiene razón el director del Sena. Los cambios son tan vertiginosos que debemos permanecer estudiando y actualizándonos toda la vida, fuera de las aulas. De otra parte, es bien difícil proporcionar educación formal, en todos los niveles, a todo el mundo. En ambos casos tienen su oportunidad las nuevas tecnologías de la información presentes en la denominada educación abierta y en las ya mencionadas comunidades de aprendizaje. Esta ventaja es también aplicable a la educación a distancia, aunque con un necesario seguimiento periódico mediante encuentro real entre docentes y estudiantes.

Dos días después del dicho reportaje, en el mismo periódico responde con razón Moisés Wasserman, rector de la Universidad Nacional de Colombia, que los salones de clases no han sido eliminados en ninguna de las universidades que seguramente el doctor Montoya reconoce como buenas, y que la universidad moderna, y muchas en Colombia, están usando tecnologías de comunicación nuevas. Agrega textualmente: “Están los salones de alta tecnología con tableros interactivos, con transmisión lejana, comunicación con universidades de otros continentes; tenemos cursos totalmente virtuales, incluso algunos programas, pero el esfuerzo pedagógico hoy en día es un esfuerzo combinado. El salón de clases no ha pasado de moda. Sigue siendo instrumento didáctico muy importante. Para ser moderno uno no tiene que eliminar todos los instrumentos que ha venido usando”.

Remata el director del Sena sus declaraciones con una frase que, como era de esperarse, sirvió de título al reportaje: “Las universidades de Colombia son obsoletas”. Habría que señalar al funcionario que para proclamar las bondades de la entidad a su cargo no es aceptable que incurra en una descalificación que debería sustentarse en serios conocimientos y análisis de fondo, pero no en las generalidades que aparecen en sus declaraciones al periódico. Sin embargo, se trata de una afirmación que bien merecería otra columna.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 5 de noviembre de 2010